



NOTA EDITORIAL

LA MEDALLA DEL INTERNADO

Discursos pronunciados por el Profesor jefe José del Carmen Acosta y el estudiante Eduardo J. Rivera, con motivo de la entrega de la Medalla del Internado, correspondiente al año de 1939.

Señor Decano, señores Profesores, señores:

Ha querido el señor Decano de la Facultad que, aprovechando el fausto suceso que hoy nos congrega, sirva esta reunión como iniciación de las que periódicamente haya de tener el personal científico de los servicios clínicos del Hospital de San Juan de Dios. Nuestra Facultad de Medicina que, en cerca de setenta años de labores, ha preparado el personal que, de manera abnegada y solícita, se ha extendido por todos los ámbitos de la República en busca de dolores que aliviar y teniendo siempre en mira la defensa del capital humano y el engrandecimiento de la Patria; quizá por haberse consagrado con tanto ahínco a las labores docentes de la preparación de la juventud médica, ha vivido en un aislamiento muy notorio en lo que atañe a sus relaciones científicas con el resto del país. y con los centros científicos mundiales.

Es cierto que en el cuerpo médico nacional hay unidades destacadas que, por la importancia de sus investigaciones o por la maestría en el ejercicio de su noble profesión o por su brillante éxito en las labores docentes han llegado a ser no sólo figuras nacionales sino que han traspasado los lindes de la patria y sus nombres son conocidos en muchos países extraños, como faros de la ciencia médica colombiana; pero descontando estos casos, que en verdad son pocos, el resto de los médicos del país permanece en la sombra, no porque carezca de preparación o por pobreza de recursos mentales; es que nuestro temperamento tímido y el complejo mental de inferioridad racial que por muchos años hemos cultivado, nos inhiben al hablar y nos incapacitan para escribir, mas a estos factores, que venturosamente poco a poco van siendo vencidos, se añade otro de

trascendencia mucho mayor para cualquiera investigación de aliento, es nuestro insularismo, nuestro aislamiento mental, el desconocimiento de la cooperación para el estudio, que ya es hora de que desaparezca de nuestro medio científico y contra el cual van a enfrentarse estas reuniones periódicas.

El duro trajinar que el ejercicio de la Medicina exige para ganarse el pan de cada día, en nuestro medio pobre y desconfiado, hace que ningún profesional, con raras excepciones, pueda entregarse de lleno a la investigación y al estudio, sin que tarde mucho tiempo en golpear a sus puertas la miseria; pero este escollo lo salvan la asociación para el estudio y para las búsquedas científicas: si no es un individuo, sino un grupo capacitado, debidamente orientado y sabiamente dirigido, el que va a investigar y a analizar los distintos problemas que a diario surgen en la práctica hospitalaria, es seguro que las dificultades serán menores, que cuando el uno desfallezca el compañero lo entusiasma, que el acicate del noble estímulo lo aguijonea para que siga el camino que conduce a la cumbre coronada por los resplandores del buen éxito.

Es con esta finalidad que el señor Decano, que ha puesto toda su buena voluntad, toda su honradez y todo su talento al servicio de la Facultad, pide a los aquí reunidos que organicemos las sesiones mensuales de los distintos grupos encargados de la enseñanza, para que, mediante la colaboración y el esfuerzo conjunto, ayudemos a resolver los problemas de todo orden que hoy confrontamos y para que la Facultad dé la contribución científica que debe al concierto de las Universidades médicas.

Es esta la única forma efectiva en que, con el correr de los tiempos y seguramente en breve plazo, podrá la Facultad de Bogotá presentar con orgullo el fruto científico sazonado en el árbol frondoso de su personal docente.

Poniéndonos en contacto nos conoceremos, puliremos nuestras aristas y compartiremos como hermanos el pan espiritual con que cada uno contribuya a estas sesiones.

Hecha esta digresión, celebramos con la Facultad el triunfo limpiamente obtenido por uno de los que figuran en el grupo de avanzada de sus huéspedes.

Fué en el año de 1928, cuando el Consejo Directivo, a instancias de uno de sus miembros más prestantes, el Profesor Rafael Ucrós, creó, con el nombre de "Medalla del Internado", un trofeo que debería ser otorgado a aquel de los Internos que más hubiera sobresalido, no sólo por su talento, sino ante todo por las virtudes fundamentales que deben formar el acervo moral de quien consagra su vida al ejercicio de la profesión médica: la dedicación al trabajo, la asiduidad en la diaria atención de los enfermos, el acendrado espíritu de caridad para con los desvalidos, que acuden a los servicios hospitalarios en busca de alivio para sus dolores físicos y, en no pocas veces, del bálsamo sedante para sus angustias morales; en resumen el interés por el estudio y el entusiasmo por la práctica

de la Medicina, que unidos a la más estricta ética, son las que deben modelar la figura espiritual del futuro médico y que deben perdurar en él, como caracteres inconfundibles.

Estas fueron las ideas genitoras del trofeo y, con justa razón, la Facultad de Medicina puede confiar en que el mérito de esta insignia jamás será menguado por aquellos de sus hijos a quienes se la otorga y en que día a día se aprestigiará más al lucir sobre el pecho de sus poseedores, que no sólo sabrán respetarla, sino hacerla respetar en lo que ella vale como símbolo de pulcritud y severidad morales.

Señor Rivera: es éste el galardón a que usted se ha hecho acreedor por sus merecimientos personales, justamente apreciados por sus camaradas del Internado, que la Facultad de Medicina prende sobre su pecho, con placer y con orgullo, porque usted ha sabido destacarse como el mejor entre los buenos.

Con tal motivo doy a usted la enhorabuena por el triunfo alcanzado y, en nombre del Consejo Directivo le entrego la "Medalla del Internado", correspondiente al año de 1939.

Señor Rector de la Facultad de Medicina.—Señor Director del Hospital.
Señor doctor José del Carmen Acosta.—Señores Médicos.

Si para otorgar esta medalla, que es a un tiempo estímulo y galardón, se tuvieran en cuenta en forma justa y precisa méritos intelectuales y condiciones especiales de preparación y competencia, ella habría venido a honrar y favorecer, no a este modesto compañero de vosotros, sino a otro cualquiera de los miembros de este internado, ya que abundan aquí bien nutridas inteligencias.

Pero como esta medalla se concede, no sólo por virtud del talento y del saber, sino también como premio a la constancia en el estudiar, a la tenacidad en el obrar, y al espíritu de compañerismo, debo yo aceptarla porque tales condiciones residen en mí y se confunden con la noción que tengo del cumplimiento del deber.

Pero claro está que, como lo que a mí me distingue en el orden de los deberes es también distintivo de mis compañeros, debo atribuir el honor que se me dispensa a la generosidad bondadosa de los amigos que incluyeron mi nombre en la terna y a la deferencia abrumadora de los distinguidos miembros del Consejo Directivo de la Facultad que tomaron ese nombre para favorecerlo.

Si alguna carrera profesional ha sido causa de justo orgullo para la Patria, es ésta de la medicina la que sin duda le ha dado brillo y nombre. Quienes hemos optado por dicha profesión nos damos el lujo de tener muchos ejemplos que seguir, muchos maestros que imitar, de manera que

así ella no vea nunca interrumpida la tradición científica que más la engrandece y la hace digna de la admiración y el respeto de los pueblos extraños.

Doy, pues, las gracias más rendidas y sinceras a quienes ponen sobre mí una significativa insignia de honor, que es superior, desde todo punto de vista, a los méritos de que pueda enorgullercerme.

Bogotá, abril 20|40.

